

**EL CRISTIANO Y
LA DEFENSA PERSONAL**
Tratado doctrinal

*Aprobado por la Junta Ministerial de Directores
Octubre 2015*

Vivimos en un mundo violento, y esto es lo que ha pasado desde el principio tal como está registrado en el libro de Génesis. Si bien este hecho no es nada nuevo, sin embargo, reconocemos que los cristianos pueden tener que enfrentarse a la violencia en el transcurso de su vida.

¿Cómo debería responder un cristiano a esta amenaza de la violencia? ¿Permite la Biblia el uso de una fuerza letal para la autodefensa?

Al responder estas preguntas es importante permitir que la Palabra de Dios —no ningún razonamiento humano— nos instruya a nosotros a hacer lo que Cristo espera de un cristiano.

Entendimiento espiritual vs. carnal

La Biblia revela que en general hay dos categorías de personas en el mundo: primero, el verdadero cristiano convertido o “primicias del plan de Dios” y segundo, el resto, el mundo inconverso.

En este momento —“en este presente siglo malo”— Dios ha llamado sólo a unos pocos a una relación del Nuevo Pacto y los está preparando para que se conviertan en hijos e hijas en su familia eterna al regreso de Jesucristo. Sólo aquellos que han recibido este llamado especial, que han respondido a ese llamamiento y han recibido el don del Espíritu Santo, están en esa relación del Nuevo Pacto con Dios. Éstas son las primicias que componen la Iglesia de Dios (Santiago 1:18).

Como resultado, Dios espera que su pueblo *piense de una manera diferente* de la forma natural en que los seres humanos piensan. En su Palabra lo vemos claramente.

Para responder estas preguntas acerca de la defensa personal debemos encontrar cuál es la voluntad de Dios que está expresada en su Palabra y se entiende en el contexto del Nuevo Pacto.

Dios quiere que su pueblo cambie la forma de pensar. Él desea que los que conforman su pueblo desarrollen la capacidad de pensar de una manera nueva y diferente semejante a la de Cristo (Filipenses 2:2-5). Los cristianos convertidos tendrán entonces la capacidad de entender espiritualmente y obedecer las instrucciones de Dios por el poder del Espíritu Santo que Dios les ha dado a ellos (1 Corintios 2: 9-16). Este entendimiento que Dios le da a su pueblo marca un agudo contraste con la naturaleza engañada y el enfoque del resto del mundo (1 Juan 5:19-20; 1 Pedro 2:9, Efesios 4:22-24).

El *razonamiento humano* nos dice que es lógico y razonable usar cualquier fuerza que sea necesaria para defendernos a nosotros mismos en una confrontación física. De hecho, muchos se preparan para semejante posibilidad cargando un arma. ¿Pero deberíamos basar nuestras decisiones y comportamientos en lo que nos parece natural a nosotros o lo que hemos creído en el pasado?

Analicemos lo que Jesús enseñó, lo que comúnmente es llamado el “Sermón del Monte” (Mateo 5 al 7). Las bienaventuranzas mencionadas en Mateo 5 son claramente contrarias al razonamiento humano. ¿Cómo puede el manso heredar la Tierra o como pueden aquellos que son perseguidos recibir el Reino de Dios? Ni siquiera el entendimiento de las enseñanzas del Antiguo Testamento comúnmente aceptadas en su época cumple con los estándares que Cristo les ha fijado a sus seguidores. ¿Cuántas veces en Mateo 5 encontramos la frase: “Oísteis que fue dicho”, seguido de: “pero yo os digo”? Ese nuevo y diferente enfoque de sus enseñanzas acerca de la conducta y pensamiento cristianos continúa a través de los capítulos 6 y 7.

Los comentarios de Cristo en los versículos 38 y 39 de Mateo 5, nos habla acerca del tema de este estudio. “Oísteis que fue dicho: Ojo por ojo, y diente por diente. Pero yo os digo: No resistáis al que es malo; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra”.

¿Qué tenemos que hacer según esta instrucción de Cristo? El ejemplo en los versículos 38 y 39 claramente describe una intención violenta y la reacción humana natural sería de una forma entendible, responder de la misma manera. Cristo sabía lo que Él estaba diciendo. Sin embargo, no es lo que Él enseñó. Jesús estaba hablando de un modo totalmente diferente de pensar —un enfoque absolutamente distinto.

Cristo entendía que este enfoque sólo podía ser el resultado de una *nueva forma de pensar* que es posible cuando se recibe el Espíritu Santo de Dios. Al permitir que Cristo viva en nosotros (Colosenses 1:26-27), podemos confiar en Él y tener una mente que entiende, cree y obedece la voluntad de Dios que nos ha sido revelada. Jesús puede dirigir esta clase de mentalidad y forma de pensar para que se cumpla la voluntad del Padre aun cuando esto involucre sufrimiento. Es ésta la forma de pensar que confía en Dios, es una mente de *fe*. Esta clase de mente se desarrolla en los elegidos de Dios *por medio del poder de su Espíritu Santo*. Tener el Espíritu Santo de Dios nos debería llevar a tomar ciertas decisiones en nuestro comportamiento y conducta, que son *muy diferentes de la forma natural en que los seres humanos pensamos* —y es muy diferente de lo que es común en el mundo de Satanás.

Las instrucciones bíblicas

¿Qué dijeron Jesucristo y sus apóstoles acerca de la defensa personal, el uso de una fuerza potencialmente letal y acerca de matar? ¿Qué dice la ley espiritual de Dios en el contexto del Nuevo Pacto? Empezaremos por tener en cuenta varios versículos de la Biblia que hablan acerca de la violencia, la maldad, la lucha y de tomar la vida de una persona:

Éxodo 20:13: “No matarás”.

Mateo 5:38-39, 43-44: “Oísteis que fue dicho: Ojo por ojo, y diente por diente. Pero yo os digo: *No resistáis al que es malo*; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, *vuélvele también la otra...* Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: *Amad a vuestros enemigos*, bendecid a los que os maldicen, *haced bien a los que os aborrecen*, y *orad por los que os ultrajan y os persiguen*”.

Mateo 10:16: “He aquí, yo os envío como a ovejas en medio de lobos; sed, pues, *prudentes como serpientes*, y *sencillos como palomas*”.

Juan 18:36: “Respondió Jesús: Mi reino no es de este mundo; *si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían* para que yo no fuera entregado a los judíos; pero *mi reino no es de aquí*”.

Mateo 26:50-53: “Y Jesús le dijo: Amigo, ¿a qué vienes? Entonces se acercaron y echaron mano a Jesús, y le prendieron. Pero uno de los que estaban con Jesús, extendiendo la mano, sacó su espada, e hiriendo a un siervo del sumo sacerdote, le quitó la oreja. Entonces Jesús le dijo: *Vuelve tu espada a su lugar; porque todos los que tomen espada, a espada*

perecerán. ¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y que él no me daría más de doce legiones de ángeles?”.

Romanos 12:17-21: *“No paguéis a nadie mal por mal; procurad lo bueno delante de todos los hombres. Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres. No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor. Así que, si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber; pues haciendo esto, ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza. No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal”.*

Desde el principio, es claro por la forma de bregar de Dios con su pueblo que Él no pretendía que el hombre decidiera por sí mismo tomar la vida de otro ser humano. Esta instrucción se encuentra en los Diez Mandamientos (Éxodo 20:13).

Más tarde encontramos en el Sermón del Monte (registrado en Mateo 5,6 y7) que Jesús enseñó que la persecución y las dificultades serían parte de la vida cristiana. Sin embargo, es la forma en que respondamos a estos desafíos lo que es importante para Dios. Esto es lo que Cristo quería que sus discípulos vieran y entendieran. Él quería que ellos respondieran de una manera que es totalmente diferente de la respuesta natural y carnal de la mente inconversa.

Vemos claramente en las siguientes escrituras que Dios quiere que su pueblo ponga su fe en Él para que lo proteja.

Salmos 146:5: *“Bienaventurado aquel cuyo ayudador es el Dios de Jacob, cuya esperanza está en el Eterno su Dios”.*

Mateo 5:10-12: *“Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados sois cuando por mi causa os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, mintiendo. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros”.*

Jeremías 17:5, 7: *“Así ha dicho el Eterno: Maldito el varón que confía en el hombre, y pone carne por su brazo, y su corazón se aparta del Eterno... Bendito el varón que confía en el Eterno, y cuya confianza es el Eterno”.*

2 Corintios 10:3-5: *“Pues aunque andamos en la carne, no militamos según la carne; porque las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo”.*

1 Tesalonicenses 5:15: *“Mirad que ninguno pague a otro mal por mal; antes seguid siempre lo bueno unos para con otros, y para con todos”.*

¿Qué podemos concluir?

De estas escrituras concluimos que un cristiano debe confiar en Dios y no usar la violencia y un armamento potencialmente letal al responder a las personas impías que tienen intenciones

criminales. Dios espera que el cristiano se aparte de las situaciones que pudieran terminar en conflicto y que confíe en Él para la liberación y protección. Un cristiano debería orar por la protección de Dios aun en el momento del peligro.

Debería confiar en Dios para hacer según su justa voluntad en todas las circunstancias. El cristiano puede tener la confianza de que Dios tiene el poder para proteger milagrosamente a su pueblo, tal como el registro bíblico lo muestra claramente.

El cristiano debería ejercitar la sabiduría evitando hasta donde le sea posible, las circunstancias potencialmente violentas. Eso sería un ejemplo de ser: “Prudentes como serpientes y sencillos como palomas” y evitar la tendencia a “tentar” a Dios (Mateo 10:16; 4:7). Como Cristo mismo hizo en varias ocasiones, los cristianos deberían escapar de las circunstancias que amenacen con volverse violentas.

Así vemos que el uso intencional de la violencia con el fin de causar daño en el cuerpo de otra persona —bien sea por el uso de un arma de fuego o cualquier otro armamento que lo cause— no es consistente con las enseñanzas de la Palabra de Dios.

No encontramos ningún respaldo bíblico en las enseñanzas de Cristo y los apóstoles que pueda justificar que un cristiano decida luchar con la intención de hacer daño o matar si es atacado. Sin embargo, lo que encontramos es una advertencia de parte de Dios exhortándonos a que debemos confiar en Él sabiendo que “la venganza” es suya (Romanos 12:19) y que Él ha prometido protegernos a nosotros (Salmos 121:7-8; 138:7).

Preguntas que surgen

Algunos pueden preguntar: ¿esperan los cristianos vivir una vida que no esté afectada por la violencia? ¿Si los cristianos no pueden usar una fuerza letal o armas para protegerse a sí mismo o a sus amados de la gente violenta y perversa, entonces están sin ninguna protección física en este presente mundo malo?

Otros pueden preguntar: bueno, sí; pero ¿qué sucede con aquellos siervos de Dios que utilizaron la fuerza y se embarcaron en la violencia -incluyendo la guerra —tal como aparece registrado en la Biblia? ¿Qué sucede con aquellos hombres que nos han dicho que estarán el Reino de Dios como parte de la primera resurrección? El principal de esos hombres es David, pero también hubo otros, tales como Josué, Sansón y aún Abraham (Génesis 14:14-15), quién fue el padre de los fieles. ¿Qué podemos decir de esos hombres? ¿Cómo podemos entender que ellos recibieron el favor de Dios (al menos en algunas ocasiones) cuando ellos practicaron “el justo uso de la violencia” y una venganza divina?

En cuanto a la primera de estas dos preguntas, la Biblia muestra que Dios ha provisto de alguna manera un mecanismo que ayude a la paz y la protección de las personas en este mundo *incluyendo los cristianos*. Como anotamos anteriormente este mundo consiste de sólo un pequeñísimo número de cristianos (aquellos miembros convertidos de la Iglesia de Dios) en tanto que el resto de la humanidad es inconversa. Si bien Dios ha permitido que en la actualidad la salvación sólo esté disponible únicamente para las primicias, El hará posible que el resto del mundo entre a una relación del Nuevo Pacto con Él por medio de Cristo, en una época posterior en su plan. Por ahora, los inconversos de este mundo no están en esa relación.

Dios también está trabajando con su Iglesia de una forma que es diferente de la relación que tiene con el resto del mundo. En la Iglesia, el ministerio ordenado de Jesucristo cumple un papel específico al enseñar y ayudar a madurar el cuerpo de la Iglesia. Pero la escritura muestra que también hay otros siervos o ministros a quien Dios permite en este mundo que ayuden a mantener la paz y proteger el público en general (Romanos 13:1-5; 1 de Pedro 2:14).

La Palabra de Dios muestra que Él les da a los gobiernos en el mundo la responsabilidad de mantener la ley y el orden y establecer sistemas judiciales, ellos son responsables de proveer una paz básica, orden y libertad del caos y el temor que sería aún peor si hombres violentos y perversos no tiene quien los detenga. Al vivir en este mundo los cristianos y todas las demás personas reciben cierto nivel de protección de tal violencia o daño por esas instituciones permitidas por Dios.

Por supuesto este nivel de paz o protección puede variar grandemente de país a país —así como la corrupción en las fuerzas policíacas es con frecuencia la regla en algunas partes del mundo. Pero, aunque esos gobiernos humanos pueden ser corruptos, ineficientes e injustos, ellos han sido ordenados y Dios los ha permitido (Romanos 13:1-7). Así un cristiano no sólo recibe protección básica, sino que debe someterse a semejante autoridad en tanto que ese sometimiento no lo haga desobedecer a Dios (1 Pedro 2:13-17; Hechos 5:28-29).

Lo que Dios le permitió al antiguo Israel

En cuanto a la pregunta de aquellos siervos de Dios que se embarcaron en violencia o en guerra debemos tener en cuenta que no existe otro ser humano diferente de Jesucristo que haya alguna vez servido a Dios perfectamente sin ninguna falla moral o espiritual. El hecho de que un siervo convertido de Dios —aun de uno que este registrado en la Biblia— se haya permitido tener cierta conducta en algún punto de su vida, esto no significa que semejante conducta fuera del agrado de Dios. Por ejemplo, Dios no permitió al rey David que construyera el templo —que él deseaba inmensamente construir— debido a que él había sido muy violento y había derramado mucha sangre (1 Crónicas 22: 5-9).

Adicionalmente, Jesús explicó que Dios había hecho ciertas concesiones en el pasado (en la época del Antiguo Pacto antes de que Jesús fuera encarnado) con la nación de Israel, debido a la dureza del corazón humano.

Por ejemplo, consideremos lo que Jesús dijo acerca del divorcio. Cuando Jesús defendió la santidad del matrimonio al decir: “Lo que Dios juntó, no lo separe el hombre” los fariseos le preguntaron: “Así que no son ya más dos, sino una sola carne; por tanto, lo que Dios juntó, no lo separe el hombre. Le dijeron: ¿Por qué, pues, mandó Moisés dar carta de divorcio, y repudiarla? Él les dijo: Por la dureza de vuestro corazón Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres; más al principio no fue así” (Mateo 19:6-8).

Hay otro ejemplo que debemos considerar y es cuando Israel deseó tener su propio rey (1 Samuel 8). Cuando Israel pidió un rey Dios le dijo a Samuel: “Oye la voz del pueblo en todo lo que te digan; porque no te han desechado a ti, sino a mí me han desechado, para que no reine sobre ellos” (v. 7). Algunos años después vemos que Dios realmente eligió a David para que fuera rey, sin embargo, esta acción de Dios no cambia el hecho de que *su intención* era que Israel fuera gobernada como una teocracia de acuerdo con el liderazgo y el sacerdocio de Dios.

Lo mismo podemos decir de la guerra y del asesinato. La intención de Dios fue muy clara en el éxodo. Cuando ya iban a entrar a la Tierra Prometida vemos que Dios pretendía que los Israelitas confiaran en Él para que Él expulsara los canaanitas (Éxodo 33:2), en lugar de confiar en sí mismos o en un ejército para su defensa. El hecho de que Dios le haya permitido a Israel tener un ejército al cual Él le dio la victoria, no quiere decir que haya cambiado la intención que Dios tenía de luchar a favor de Israel.

Debido a la dureza de su corazón y su incredulidad, Dios le permitió a los Israelitas luchar la mayoría de sus propias batallas. Pero desde el principio las Escrituras indican que Él pretendía luchar por ellos. Con los años ha habido muchos ejemplos dramáticos de Dios que interviene a favor de su pueblo. Él derribó las murallas de Jericó (Josué 6), y Él hizo que todo el ejército sirio oyera ruidos que los atemorizaron y ellos se fueron corriendo, huyeron sin pelear (2 Reyes 7:6-7).

Pero la mayoría de las veces Israel decidió confiar en sí mismo y decidió luchar con su propia fuerza. Cuando eso ocurrió, sólo en pocas ocasiones se volvieron atrás.

A medida que Israel se aproximaba a la Tierra Prometida oyeron informes de gigantes en la tierra, que eran fuertes y que había ciudades fortificadas muy sólidas. En vez de recordar que Dios había luchado por ellos y había destruido el ejército egipcio, ellos pensaron lo imposible que iba a ser que Israel ganara su batalla. Ellos decidieron rebelarse contra Dios y regresar a Egipto (Números 14:1-4). Cuando demasiado tarde ellos cambiaron su forma de pensar y decidieron ir a invadir la Tierra Prometida, Moisés les advirtió a ellos: “Porque el amalecita y el cananeo están allí delante de vosotros, y caeréis a espada; pues por cuanto os habéis negado a seguir al Eterno, por eso no estará el Eterno con vosotros” (Números 14:43).

El legado que Israel nos dejó fue el hecho de luchar sus propias batallas en lugar de confiar en Dios para que Él luchara y les asegurara la Tierra Prometida a ellos. De todas maneras, el plan que Dios tenía era expulsar a los pecadores canaanitas y darle la tierra a Israel. Si ellos hubieran permitido a Dios que luchara por ellos, habrían podido recibir la herencia sin haber tenido que perder ninguno de sus jóvenes en la batalla.

Es importante recordar que la nación de Israel fue una nación del Antiguo Pacto. Aún después de que ellos se rehusaron a obedecer y poner su confianza total en Dios, en ciertas ocasiones Él les permitió ganar o perder por su propio poder y en otras ocasiones Él les dio victorias milagrosas con muy poco o sin ningún esfuerzo militar. De cualquier manera, esto no es un precedente para los cristianos bajo el Nuevo Pacto. No hay ningún respaldo escritural en el Nuevo Testamento para que los cristianos puedan portar armas con la intención de tomar la vida de alguien al defenderse a sí mismos o por proteger sus propiedades. De una forma diferente a Israel, la Iglesia del Nuevo Testamento representa otra forma de pensar. La Iglesia entiende que el reino de Cristo no es de este mundo (Juan 18:36).

Depender de Dios

Veamos ahora algunos siervos de Dios que le obedecieron, creyeron y confiaron en Él. Semejante confianza incluye el entendimiento y el reconocimiento de que Dios no siempre escoge liberar a sus siervos fieles del sufrimiento y la violencia -aun cuando ellos no hayan hecho nada malo.

Este entendimiento de la mente y la intención de Dios es relevante para las cuestiones centrales que estamos tratando en este estudio. Si un cristiano está comprometido a no usar una fuerza letal o unas armas para rechazar a los hombres impíos que pudieran hacerle daño a él o a su familia, ¿eso no hace que el cristiano quede a merced del sufrimiento que le puedan ocasionar los hombres perversos?

Sí, sí lo hace. Veamos este ejemplo en el libro de Éxodo:

Éxodo 14:13-14: “Y Moisés dijo al pueblo: No temáis; estad firmes, y ved la salvación que el Eterno hará hoy con vosotros; porque los egipcios que hoy habéis visto, nunca más para siempre los veréis. El Eterno peleará por vosotros, y vosotros estaréis tranquilos”.

Aquí vemos que los hijos de Israel dejaron Egipto con el ejército de Faraón a sus espaldas. Algunos en el grupo temiendo la contra ofensiva del ejército egipcio se lamentaron de que habían sido llevados para morir en el desierto. Sin embargo, ¿qué les dijo Moisés que debían hacer? ¿Les dijo Él que tomaran sus armas y lucharan? No, él no lo hizo. Si bien había muchísimos más israelitas que los que componían el ejército o las carrozas en el ejército del Faraón, los siervos de Dios sin embargo dijeron que debían confiar en Dios para su protección.

En el libro de Daniel encontramos otro ejemplo de los siervos de Dios que se enfrentaron con una situación de vida o muerte en cuanto a su fe en Dios para que los protegiera:

Daniel 3:15-18: “Ahora, pues, ¿estáis dispuestos para que, al oír el son de la bocina, de la flauta, del tamboril, del arpa, del salterio, de la zampoña y de todo instrumento de música, os postréis y adoréis la estatua que he hecho? Porque si no la adorareis, en la misma hora seréis echados en medio de un horno de fuego ardiendo; ¿y qué dios será aquel que os libre de mis manos? Sadrac, Mesac y Abed-nego respondieron al rey Nabucodonosor, diciendo: No es necesario que te respondamos sobre este asunto. He aquí nuestro Dios a quien servimos puede librarnos del horno de fuego ardiendo; y de tu mano, oh rey, nos librará. Y si no, sepas, oh rey, que no serviremos a tus dioses, ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado”.

Por supuesto, la opción de luchar no era realista para ninguno de estos tres hombres. Sin embargo, Sadrac, Mesac y Abed-nego estaban dispuestos a confiarle a Dios sus vidas. Ellos tenían la confianza de que Dios finalmente los iba a liberar. Ellos buscaron a Dios con fe para que los protegiera sin importarles si Él finalmente cumpliría su deseo y esperanza de liberarlos inmediatamente antes o cuando ellos fueran lanzados a ese horno ardiendo. Confiar en Dios no impide que la puerta se abra para un sufrimiento potencial. Ése es el enfoque que refleja la mente de Cristo.

Confiar en Dios incluye la capacidad de decir, creer y estar convencido: “...diciendo: Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lucas 22:42). Éste es un ejemplo de fe y confianza hecho solo posible por el Espíritu de Dios.

¿Se pueden los cristianos defender?

Esto nos vuelve a traer a la pregunta principal de este estudio bíblico, ¿pueden los cristianos utilizar la fuerza para repeler un ataque o protegerse ellos mismos o a sus seres queridos?

La respuesta es: “Sí, ellos pueden” —¿pero bajo qué circunstancias podría esto ocurrir y cómo o por qué se embarcaría un cristiano en semejante lucha?

Consideremos primero el ejemplo de Jesucristo. Sabemos que en efecto Cristo utilizó la fuerza para volcar las mesas de los cambistas de dinero en el templo (Mateo 21:12-13). Él no utilizó la fuerza contra los cambistas de dinero. Encontramos en Juan 10:39 que Cristo tuvo que luchar para escaparse de aquellos que estaban tratando de acorralarlo para hacerle daño en vez de atacarlos y defenderse. En Apocalipsis 12 vemos que la Iglesia de Dios tuvo que huir para escapar de la persecución y tendrá que hacerlo en el futuro. De esos ejemplos es claro que en caso de que surja un problema serio o una amenaza —huir es con frecuencia el curso de acción más sabio.

Sin embargo, huir no siempre es una opción. En circunstancias donde necesitamos proteger a un ser querido algunas veces es necesario arriesgar nuestra propia vida en su lugar. Así como Cristo lo hizo por la Iglesia debemos estar dispuestos a hacer lo mismo por nuestra esposa, hijos o hermanos si esto fuera necesario “En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos” (1 Juan 3:16).

Esto no significa que debemos estar buscando meternos en problemas o estar en medio de los asuntos de otros en sus peleas. La Biblia nos muestra que nosotros debemos evitar tal comportamiento: “El que pasando se deja llevar de la ira en pleito ajeno, es como el que toma al perro por las orejas” (Proverbios 26:17). Si nosotros no nos metemos en problemas, no sufriremos las consecuencias de ellos.

Un ataque contra los miembros de la Iglesia de Dios es algo raro, pero puede pasar (ciertamente en la tribulación futura que está profetizada). ¿En este caso hipotético, hasta donde pueden ir los cristianos usando la fuerza para salvarse a sí mismos o a los seres queridos manteniéndose fiel a sus convicciones y a su fe? (tal como describimos anteriormente).

Como el pueblo de Dios deberíamos saber que el Todopoderoso Creador puede proteger a su pueblo del daño. También sabemos que Dios en algunas ocasiones permite que sus siervos sufran persecución y aún una muerte violenta (vea los ejemplos que aparecen en Hebreos 11:36-38).

¿Qué ocurre si alguien es atacado y huir no es una opción y los esfuerzos para razonar con el asaltante fallan? ¿Qué debería hacer un cristiano? ¿No debe hacer nada un cristiano y sencillamente debe aceptar el castigo y la muerte sin hacer nada?

Sin dudar, la primera cosa que un cristiano debería hacer es orar, debe ser una oración muy rápida y urgente, debe uno pedirle a Dios su guía y protección divina y sobrenatural. Debemos buscar a Dios para que nos proteja en esas circunstancias.

Además, el cristiano debería hacer todo esfuerzo por contactar las autoridades y la policía si las circunstancias lo permiten.

Pero si el atacante sigue tratando de hacerle daño a un ser querido, el cristiano debería luchar por interponerse entre ellos y salvar así al miembro de la familia. Aun en semejantes circunstancias la actitud de un cristiano debe ser la de protegerse a sí mismo y a su ser querido. Esto es una actitud

de defensa y de evitar, no una actitud en la que se desea y planea hacer violencia, daño o aún matar a la otra persona.

No es errado usar una fuerza restrictiva para protegerse uno mismo, a un miembro de la familia o un hermano en la fe. No es algo erróneo tratar de detener al asaltante e impedirle a él (si fuera posible) de hacerle daño a usted o a aquel que usted está tratando de proteger. Sin embargo, tal fuerza no debe ser premeditada o hecha con odio o con la *intención* de herir o matar a la otra persona.

Resumen

Se requiere fe para ser un cristiano en este mundo actual tan perverso. También se requiere de una verdadera humildad, para someterse a las instrucciones y decisiones de Dios —especialmente en aquellas ocasiones en que Él le permite a su pueblo que sufra pruebas y persecución por causa de la justicia (mientras está practicando la justicia en vez de ser guiados solo el razonamiento y las emociones humanas). Afortunadamente en los tiempos modernos han sido relativamente muy pocas las ocasiones en que los miembros de la Iglesia han caído víctimas de la violencia criminal. Pero debemos ser realistas y reconocer que estas cosas pueden suceder.

Aun en ese caso, la Palabra de Dios muestra claramente que el cristiano debería primero y por encima de todo poner su confianza en Dios como su protector y liberador. Nuestra relación con Dios y la fe en sus promesas deberían ser la primera línea de defensa de cualquier cristiano que tal vez experimente semejante encuentro, no el uso de la fuerza o la violencia letal. La Palabra de Dios hace claro que la venganza le pertenece a Él —aquel en quien los cristianos deberían confiar (Salmos 46:1).

Si uno se ve confrontado con semejante situación que hemos estado analizando en este estudio, un cristiano debería huir si le fuera posible. Si huir no es una opción, el uso de la fuerza defensiva que no es letal —por ejemplo, restringir al que está cometiendo la acción— está dentro de las posibilidades de una respuesta cristiana adecuada. Nada que hayamos considerado en las Escrituras debería precluir esa opción. Sin embargo, la enseñanza de la Palabra de Dios confirma que los cristianos no deben poseer armamentos con el propósito específico de usarlos para causar daño a otro ser humano porque hacer eso sería una abierta contradicción de nuestra fe en Dios para la protección y no refleja la mente de Jesucristo.

Por encima de todo los cristianos deberían orarle a Dios regularmente pidiéndole su protección y su guía. Si se llegara a presentar una situación de esas, nosotros como pueblo de Dios deberíamos pedirle a Él en fe que nos liberara según su voluntad perfecta, amorosa y soberana, de tal forma que sea para la gloria de Dios. Una oración, ofrecida en fe en el nombre de Cristo —dándole a Dios alabanza por su liberación y protección divina en ese momento— le muestra al Padre que este cristiano le está encomendando su causa, su familia y sus seres queridos en confianza y humildad.